



La icónica lengua de The Rolling Stones luce en la decoración de la última Navidad en Carnaby Street, Londres.

# Bendita irreverencia

**Llega otro año con nuevas vueltas de tuerca a la primacía social del narcisismo, el exhibicionismo y el onanismo del peor gusto comercial. Pero nunca hay que satanizar la irreverencia ni el malditismo.**

**Simplemente son otra cosa, otro contexto muy distinto.**

Javier Valenzuela



**na cantante colombiana gana en pocas horas una millonada** gracias a un tema en el que publicita su despecho amoroso con mala uva, zafiedad, desprecio hacia otra mujer y posibles daños emocionales para sus hijos. El futbolista barcelonés aludido replica con la tosca gracieta

de promocionar en una plataforma de moda el reloj barato con el que la cantante, su ex, ha comparado a su nueva pareja. Los medios de comunicación hablan de ello durante días y hasta tú no eres nadie socialmente si no te pronuncias sobre el asunto, precedido en los titulares por la separación de una dama de la alta sociedad y un escritor moralmente decrepito. Así nace este año de 2023, con una nueva vuelta de tuerca a la primacía social del narcisismo, el exhibicionismo y el onanismo del peor gusto.

El fenómeno no tiene remedio, al parecer. Hoy todo vale si es espectacular y, en consecuencia, tiene éxito comercial. La vida es así en el siglo XXI, no la has inventado tú. Pero, bueno, también es cierto que nadie te impide opinar sobre ello, aunque solo vayan a leerte unos cuantos miles de ilustrados. Así que te pones a opinar y haces explícito, para empezar, que a ti te la refanfinfla que la cantante y el futbolista hayan terminado tan mal, aireando tan toscamente sus miserias ante la enfebrecida plebe global. En todo caso, lo que te preocupa es que los dos tortolitos le deban un pastón a Hacienda. Con ese dinero bien podrían mejorarse un montón de ambulatorios públicos y, francamente, tú estás hasta las narices de que no te atiendan en el de tu barrio madrileño.

No quieres arrojar al bebé con el agua sucia del baño: te niegas a sumarte a los que, so pretexto de las penosas lindezas que protagonizan la actualidad, desean añadir más límites que los razonables a la libertad de expresión. Eres periodista, eso sí, y debes

en 1857. O que los Rolling Stones fueran boicoteados por cantar *Sympathy for the Devil* en 1968.

### **Baudelaire y los Stones**

La línea entre la grosería deleznable y la irreverencia saludable la establecen la calidad, la oportunidad y el contexto. Empecemos, pues, por la calidad. Probablemente nadie se acordará dentro de un siglo de la canción de la colombiana despechada, pero los poemas de Baudelaire siguen siendo magníficos y siguen reeditándose, y la gente continúa liberando su cuerpo y su mente al bailar la canción satánica de los Rolling Stones. Lo primero huele desde el principio a moda fugaz, a entretenimiento pasajero, lo segundo está incorporado al panteón de la cultura popular. Baudelaire y los Rolling Stones son buenos, muy buenos.

Sigamos con la oportunidad. Subrayemos con rotundidad que denigrar al débil, al enfermo o al pobre no es lo mismo que meterse con el fuerte, el rico y el poderoso. Lo primero no requiere la menor valentía, lo segundo puede dar con tus huesos en prisión. No solo ayer, también hoy. No solo en el Irán de los ayatolás, también en esta España que presume de muy democrática. Que se lo pregunten si no al rapero Pablo Hasél.

La auténtica irreverencia, la que le abre a la humanidad espacios de libertad, es la que rema a contracorriente, la que molesta a los reyes, sacerdotes y banqueros del momento, la que irrita hasta la exasperación a los mandarines en la nómina de tales potentados. La de pensadores como Diógenes y Epicuro, Voltaire y Rousseau, Marx y Bakunin, Nietzsche y Freud, Darwin y Einstein, Camus y Beauvoir. La de movimientos plásticos como el dadaísmo, el surrealismo y el cubismo. La de artistas como Isadora Duncan, Joséphine Baker y Elvis Presley. La de revueltas juveniles como la Beat Generation, el Mayo del 68 y los hippies.

No hay auténtica irreverencia sin transgresión, sin violación descarada de los límites impuestos en cada momento histórico por las

**“La línea entre la grosería deleznable y la irreverencia**

**saludable la establecen la calidad, la oportunidad y el contexto”**

reconocer que te fastidia que tu noble oficio se vaya identificando cada vez más con servir de altavoz a injurias, calumnias, mentiras o gilipolleces a sabiendas de lo que son. No consideras auténticos periodistas a los que se prestan a este basureo. Propagandistas o comediantes tal vez.

También te niegas a satanizar la irreverencia y hasta el malditismo. No deseas el regreso de ningún sistema de buen gusto burgués protegido por las porras de la policía, los editoriales de los periódicos, los mazos de los magistrados y las rejas de las mazmorras. Manténgase el clima de tolerancia general, pero permítanos a algunos establecer una diferencia entre el trigo y la paja, lo auténtico y lo falso, lo importante y lo superfluo, lo bueno y lo malo. Una cosa es que unas chicas inviertan su libertad de expresión en debatir en *La Resistencia* sobre si se lavan o no el culo con agua tras defecar –es un ejemplo real, que conste– y otra es que Baudelaire arriesgara su libertad por publicar *Les fleurs du mal*

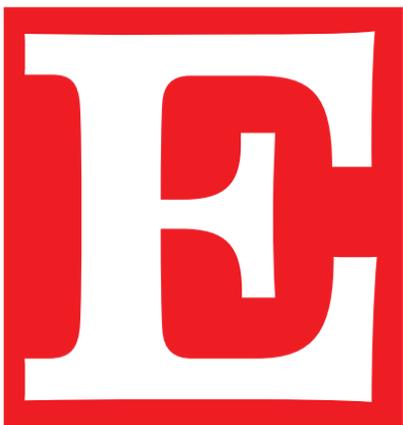
leyes, las costumbres y los patrones de conducta. Irreverencia es atreverse a decir o hacer algo que puede conllevar un castigo tan duro como socialmente aplaudido. Irreverencia era proclamar, como Copérnico y Galileo, que la tierra gira en torno al sol, y no al revés, a riesgo de terminar en una mazmorra o hasta una hoguera de la Inquisición. O escribir y vivir a tu manera hasta terminar siendo procesado por escándalo público como Baudelaire, encarcelado por sodomía como Oscar Wilde o fusilado en una cuneta por rojo y maricón como Federico García Lorca. O vivir la feminidad con libertad hasta que te estigmaticen como prostituta como les pasó a Isadora, Baker y Beauvoir.

Por último, está el contexto. Lo que ayer fue una osada novedad hoy puede ser algo absolutamente corriente. La humanidad avanza, aunque sea a trompicones y con algunos retrocesos temporales, y gracias precisamente a los que se atrevieron cuando había que ser valiente para hacerlo. Nadie se rasgaría hoy las vestiduras por un

**“La auténtica irreverencia, la que abre a la humanidad espacios de libertad, es la que rema a contracorriente, la que molesta a los reyes, sacerdotes y banqueros del momento”**

acto transgresor como el de Marcel Duchamp al proponer como obra de arte un urinario industrial en una exposición neoyorquina de 1917. La transgresión está relacionada con el tiempo y también con el lugar. Que una mujer se quite ahora el *hiyab* en una manifestación en Teherán es un acto valeroso y liberador, mucho más admirable para ti que vestir con transparencias en los Oscar.

Los franceses tienen una fórmula muy sabrosa para definir la bendita irreverencia, la llaman *épater les bourgeois*, dejar patidifuso al burgués. Es una fórmula que se convirtió en el grito de guerra de los poetas malditos franceses del siglo XIX, la estirpe de los Lautréamont, Baudelaire, Rimbaud, Verlaine, el patafísico Alfred Jarry y compañía. Detestaban la hipocresía de las élites políticas, económicas y culturales de su tiempo, puritanas en lo público y desvergonzadas en lo privado, y respondían publicando sus pecadores elogios del sexo, las drogas, el satanismo y la libertad. En la aún más hipócrita Inglaterra victoriana, Oscar Wilde caminaba asimismo por esa senda y terminaría pagándolo con trabajos forzados en el penal de Reading.



El concepto mismo de poeta, escritor, artista maldito nació en aquella época, un siglo y medio atrás. Venía a describir al creador individualista, inconformista, bohemio, incomprendido, heterodoxo, antisistema. Continuaría, ya en el siglo XX, con las efervescentes

provocaciones del dadaísmo, el surrealismo y el situacionismo, con las figuras y obras disidentes de Valle-Inclán, Antonin Artaud, Georges Bataille, Alejandra Pizarnik, Allen Ginsberg, Jack Kerouac, William Burroughs, Leopoldo María Panero, Juan Goytisolo, Charles Bukowski y tantos otros. Iría generando subculturas estéticas y sociales como los *hipsters*, los *beatniks* y los hippies de Estados Unidos. Estaría en el origen del jazz, el rock y la música de Bob Dylan, Tom Waits, Jim Morrison, Janis Joplin y Patti Smith. Animaría el espíritu de la Barcelona contracultural y libertaria de los años 1970 y su revista *Ajoblanco*.

### **Escándalo público**

Quizá te convenga recordar aquí que comenzaste a publicar en aquel *Ajoblanco* y que tu participación en el número de marzo de 1976, que proponía unas Fallas libres y populares, sensuales y transgresoras, unas Fallas en sintonía profunda con el nacimien-

to de la primavera que celebran, te valdría un procesamiento por el delito de escándalo público. Lo llevaste, y lo llevas, a mucha honra. Si el muy franquista Ayuntamiento de Valencia y la muy franquista Junta Central Fallera de aquella época se sintieron ofendidos, con su pan se lo coman. Ahora hay falleras mayores que son hombres o mujeres hetero, homo o trans como nosotros proponíamos, y ya pocos se escandalizan. Terminamos ganando aquella batalla cultural.

Molestamos, sin duda, a bastantes en una Valencia entonces adormecida y acobardada. Pero no hay arte, pensamiento o forma de vida genuinamente vanguardista y libertadora que no moleste, que no suscite en los conservadores el incontenible sentimiento de querer linchar a sus autores. Esta, por cierto, es otra buena medida para distinguir la falsa provocación, tan popular y comercial hoy en día, de la auténtica y bendita irreverencia de ayer, hoy y mañana. Si lo que dices o haces suscita la reacción airada de *Las Provincias*, *ABC* y *El Mundo*, si la mayoría de los tertulianos de las cadenas de televisión cortesanas te ponen a parir, si policías, fiscales y jueces se aprestan a abrir investigaciones, igual es que lo tuyo es nuevo, bueno y relevante.

Pero, ya ven, no lo hacen con la canción de la colombiana y la réplica del futbolista barcelonés. Tampoco con el mencionado debate escatológico de las chicas de *La Resistencia* o con las fotitos y videos ligeros de ropa que se suben a Instagram. La sociedad burguesa también ha evolucionado, ya no es victoriana. Acepta cosas que antes no aceptaba, sobre todo si van a generar mucho dinero. Aún más, el capitalismo salvaje del siglo XXI incita a todo el mundo a exhibir sus miserias en las televisiones y las redes sociales. Eso genera audiencia e ingresos, palabras ahora tan sagradas como antaño lo eran dios y el rey. Pero, insisto, tú también tienes tu derecho a no excitarte por provocaciones calculadas por contables y polémicas bizantinas que no llevan a ninguna parte.

Terminarás con algo de Darwin. Vivimos tiempos que aplauden los llamados zascas, las respuestas cortas e hirientes en televisión o redes sociales a lo que ha dicho o hecho alguien. No tienes nada en contra de los zascas, pero quizá porque te has hecho viejo, sabio o clásico, que cada cual te llame como le apetezca, te gustaría recordar un buen zasca del pasado, uno que combina ingenio y relevancia, uno que aportó luz en un mundo de tinieblas. Es el del científico Thomas Huxley, partidario de la Teoría de la Evolución de Charles Darwin, en un debate científico memorable. En 1860, solo siete meses después de que Darwin publicara *El origen de las especies*, el obispo de Oxford le preguntó a Huxley si él creía descender del mono por parte del abuelo paterno o materno. Los conservadores presentes en el debate rieron alborozados. Entonces, Huxley replicó: “A mí no me avergonzaría tener a un simio como ancestro, lo que me avergonzaría es estar emparentado con alguien como usted, que intenta silenciar con el ejercicio de la autoridad el avance del conocimiento”. ¡Zasca! ■